

... le insistió varias veces.

Pero, cansada de bregar en tareas imposibles, María Fernández siguió con su vida, deshecha entre trabajo y niños y quehaceres domésticos, aunque, callada y sin enfados, robó horas al sueño, sin dejar una pista, y, al tiempo, con mano templada, firmó su mejor obra: un pequeño libro de relatos para niños dirigido, con las hábiles palabras de una madre y la imperceptible caricia de los genios, a educar en valores que ella nunca había vivido, que solo, como tantas otras en su generación, y mucho más en las pasadas, había llegado a intuir como necesarios.

Así, habló de una batalla en buena lid entre los hombres y las mujeres de un reino muy lejano, que acababa en el pacífico empate y una anexión tranquila y beneficiosa; afeó la conducta de un marido que trataba con látigo a sus varias esposas (esposas sucesivas, afeadas por la tristeza irreemplazable de su pavoroso devenir); indagó en las maneras más propicias de acentuar lo bueno de la gente, de buscarle a cada uno su mejor modo de llegar a lo alto de su propia montaña de posibilidades; abrió la puerta a un campamento de verano donde el reparto de tareas se ofrecía como un juego; brindó a las mujeres la oportunidad de volcarse activamente en los afanes políticos.

María lo envió en un paquete, con sus datos a mano, y no se acordó de aquello en mucho tiempo, dedicada a las tareas domésticas mientras Francisco Pérez se enfurecía al ver que, en el café, tan negro y amargo como sus mismísimas entrañas, flotaban imperceptibles grumos de requesón.

Al cabo de los meses sonó el teléfono y fue él mismo quien escuchó la noticia. Al otro lado lo informaron de que su esposa era requerida a recoger un premio por su aportación a la causa de la igualdad de género.

Y, avergonzado, anotó el recado y buscó, en el relativo desorden de su casa, las instrucciones ocultas de cómo usar las pinzas de la ropa.